

# Alimentar la potencia: la alimentación a través del prisma de la geopolítica<sup>1\*</sup>

**PIERRE BLANC.** Bordeaux Sciences Agro y Sciences Po Bordeaux, Francia. | [p.blanc@sciencespobordeaux.fr](mailto:p.blanc@sciencespobordeaux.fr)

Fecha de recepción: 15 de agosto de 2025 / Fecha de aprobación: 3 de diciembre de 2025

## 1. Alimentar la potencia: la alimentación a través del prisma de la geopolítica

Mientras que los especialistas de habla inglesa en relaciones internacionales usan la palabra *poder* para referirse tanto al *poder* como la *potencia/capacidad* (“le pouvoir et la puissance”), la ciencia política francesa los distingue. La primera se refiere a la acción de los Estados en su espacio soberano, mientras que la segunda califica las capacidades que mantienen en su relación con el mundo exterior. Si el *poder* resuena inmediatamente con la cuestión alimentaria -la necesidad de alimentos está en el corazón del contrato social de un país-, la asociación entre comida y potencia, con su connotación de extroversión, puede parecer menos obvia, especialmente porque la potencia rima más espontáneamente con lo militar. Sin embargo, se pueden hacer dos observaciones sobre este tema.

La primera es que la historia ha demostrado que el ejército y la alimentación han mantenido una relación dialéctica. En efecto, en las guerras antiguas con poco contenido tecnológico, donde el tamaño numérico de las tropas era el determinante esencial, el hecho de alimentar a los soldados en gran número era cualquier cosa menos trivial, al igual que los impuestos agrícolas, que, en las sociedades campesinas, representaban una gran parte del presupuesto de los estados e imperios y, por lo tanto, una fuerte contribución al levantamiento de tropas y la inversión militar. Añadamos a esto que la cuestión alimentaria también ha sido un problema — aunque lejano— en los enfrentamientos militares entre potencias, a partir de la Segunda Guerra Mundial.

La segunda observación se refiere al hecho de que la potencia ha evolucionado en su definición y que no puede reducirse a lo militar. A principios de la década de 1990, el politólogo estadounidense Joseph Nye contribuyó a enriquecerle, al mostrar que el *poder blando* (poder de seducción o atracción) debe incluirse en el repertorio de la potencia, de la misma manera que el *poder duro* (poder de coerción). Sin embargo, hay que admitir que para un país proveedor, los alimentos están lejos de ser neutrales en términos de *poder blando*. Lo hemos visto recientemente con Turquía, cuyo sueño de potencia también se materializa en la ayuda alimentaria que se esfuerza por distribuir a los países objetivo, como el Líbano, tras la explosión en el puerto de Beirut el 4 de agosto de 2020, y Libia, cuyo régimen en disputa apoya. Del mismo modo, el *poder* puede usarse como un *poder duro*, que no puede reducirse solo a su dimensión

<sup>1\*</sup> Traducción de Blanc, P. (2022). Nourrir la puissance: l'alimentation au prisme de la géopolitique.

Versión disponible y facilitada por el autor: <https://www.euromed-ihedn.fr/files/22-03-05---Pierre-Blanc---puissance-et-alimentation-2022.pdf>

Traducción a cargo de Ignacio Trucco y María Valentina Locher

militar. Un estado puede aprovechar su capacidad de oferta para influir en las decisiones de otro estado soberano, como lo ha hecho Estados Unidos.

A la vista de su posible articulación con el *poder blando* y el *poder duro*, la alimentación resuena claramente con la definición de potencia que debemos a Serge Sur, a saber, “una capacidad de hacer, una capacidad de hacer que las cosas sucedan, una capacidad de impedir que las cosas sucedan, una capacidad de negarse a hacer” (Sur, 1995).

Para descifrar el entrelazamiento entre alimentación y potencia, primero veremos los viejos vínculos entre lo militar y lo alimentario. Luego veremos cómo se articula la alimentación con las cuatro categorías de potencia definidas por S. Sur, que en última instancia se puede resumir en una *capacidad para tener influencia*, de *no depender* o *emanciparse* según si el país tiene un perfil exportador o importador. Por lo tanto, es esencialmente el Estado<sup>2</sup> el que pondremos en el centro de nuestra reflexión, en un intento de comprender cómo ha podido articular su búsqueda de potencia con la cuestión de la alimentación, en su relación con otros países, y cómo continúa haciéndolo. Por lo tanto, no proponemos aquí una reflexión sobre el estado de las potencias agrícolas, que consistiría en examinar y clasificar los resultados agrícolas de algunos países grandes. Después de todo, esta jerarquía no se está reconfigurando a un ritmo constante. Se trata más bien de reflexionar sobre la *potencia a través de la agricultura*, entendida aquí en su vocación alimentaria, que permite influir en los demás o emanciparse de los demás. Esta investigación se enmarca en una perspectiva geopolítica, cuyo objetivo es comprender cómo este alimento, por definición vinculado al territorio (geo), permea las dinámicas de capacidad/potencia, incluidas sus rivalidades de poder (política). Una elección que nos hará ignorar las confrontaciones geoeconómicas, en particular las batallas en el contexto de los ámbitos comerciales, comenzando por las que tienen lugar en el seno de la Organización Mundial del Comercio (OMC). Por último, si se trata de revisar la historia reciente de este vínculo, nos corresponde sobre todo cuestionar su alcance actual, que, en última instancia, debe relativizarse.

## 2. Lo militar y la alimentación

Más allá de la relación sistemática y desafortunada entre la guerra y el hambre, que no está en el centro de nuestra reflexión aquí, los vínculos entre lo militar —la figura misma de la potencia— y la alimentación pueden dividirse en tres partes: alimentos para los militares, los militares para los alimentos y los militares a través de los alimentos. Se pueden hacer algunos recordatorios históricos para ilustrar estas dimensiones antes de cuestionar su actualidad.

La *alimentación para los militares* se relaciona en primer lugar con el hecho de que, en las sociedades tradicionales con un fuerte dominio agrícola, los presupuestos de los estados, o más bien de los imperios, se complementaban principalmente con impuestos agrarios. Si los otomanos, por ejemplo, modificaron su sistema de impuestos sobre la tierra de esta manera en el siglo XIX, es porque, sujetos al irredentismo dentro de ellos mismos y a las guerras con sus vecinos, tuvieron que devolver a su ejército el brillo que les había permitido controlar un vasto territorio desde el siglo XVI. Al convertirse en propietarios de sus tierras como parte de

---

<sup>2</sup> Al centrar nuestra reflexión en los Estados, no queremos dar la impresión de que sus estrategias prescindirían de los actores privados. Además de los agricultores, que como productores son muy dependientes de políticas agrícolas necesariamente orientadas, las políticas de poder de los estados se basan obviamente en las dinámicas de las empresas que buscan promover de acuerdo con las agendas políticas. Por ejemplo, Estados Unidos ha basado su política de poder no solo en sus agricultores sino también en empresas de clase mundial (Bunge, Cargill, Dreyfus y Archer Daniels Midland [ADM]) cuyo crecimiento e influencia ha facilitado el gobierno federal. Lo mismo ocurre con China, que depende en gran medida del conglomerado agroalimentario estatal COFCO, y con los países del Golfo, en particular Arabia Saudí, Emiratos Árabes Unidos y, especialmente, Qatar, que dependen de las empresas agroalimentarias en su política de seguridad alimentaria.

esta reorganización (*tanzimat*), se suponía que los campesinos podrían devolver impuestos útiles para el esfuerzo de defensa. Lo mismo ocurrió al mismo tiempo en Egipto, cuyo sueño de potencia se vinculó a las reformas agrarias, siempre con el objetivo de impulsar la agricultura. Este aspecto de la alimentación por parte de los militares también se relaciona con el hecho de que la fuerza de la armada estaba aún más condicionada por la capacidad de alimentar adecuadamente a sus hombres porque se trataba de conflictos largos y movilizaban una gran cantidad de soldados. Las guerras también se ganaron en los campos y en la capacidad de usarlos en apoyo de los ejércitos. Aunque ya no es así en el contexto de las guerras modernas, que a menudo son breves y muy tecnológicas, muchos ejemplos históricos ilustran esta dimensión fundamental de los conflictos. Las guerras napoleónicas mostraron la participación del emperador francés en la logística de suministros militares. Así se creó el cuerpo de comerciantes de municiones que, contrariamente a lo que su nombre indica, estaba compuesto por agentes encargados de organizar la logística de la distribución de alimentos, es decir, la munición de la boca. Y, como parte de los impulsos expansionistas del imperio, se implementó toda una logística de requisita en los países conquistados para abastecer a las tropas. De la misma manera, durante las dos grandes guerras, las potencias contendientes tuvieron especial cuidado de asegurar suministros militares más allá de los de la población civil (Collingham, 2013).

El ejército para la alimentación es quizás un fenómeno menos conocido. Sin embargo, conflictos tan importantes como la Segunda Guerra Mundial han demostrado cuán significativa ha sido esta dimensión. Por ejemplo, el propósito de la guerra según Joseph Goebbels era “un gran desayuno, un gran almuerzo, una gran cena”, una afirmación asombrosa aplicada por el Tercer Reich. Con este lema, el ideólogo del régimen nazi estaba traduciendo el pensamiento geográfico que había surgido en la Alemania nacionalista a principios del siglo XIX. Para los geógrafos alemanes empapados de ecología darwiniana, como Friedrich Ratzel y Karl Haushofer, una de las leyes esenciales de la geografía política era que el mundo era una lucha permanente por el espacio vital (*Lebensraum*). ¿Es de extrañar que el propio Adolf Hitler adoptara entonces esta retórica —muy simplificada— en *Mein Kampf*?: “El movimiento nacionalsocialista debe esforzarse por eliminar la desproporción que existe entre nuestra población y el área a su disposición, considerando a esta última tanto como una fuente de alimento como base para la política de poder [...]. Debemos perseguir nuestro objetivo sin vacilar [...], para garantizar que el pueblo alemán tenga la tierra y el suelo a los que tiene derecho”. Después de tomar el poder y organizar el país, el Tercer Reich, a través de su Compañía de Alimentos (*Reichsnährstand*), consideró que Alemania debería adquirir entre 7 y 8 millones de hectáreas adicionales (Collingham, 2013, p. 30). Lanzada en 1941, la Operación Barbarroja, es decir, la conquista de los *Chernozioms* de Ucrania y Rusia, formaba parte de este objetivo supuestamente vital. “Lo que India fue para Inglaterra, los territorios de Rusia lo serán para nosotros. ¡Ojalá pudiera hacer que el pueblo alemán entendiera lo que significa este espacio para nosotros!”. Así es como A. Hitler habló en agosto de 1941 sin darse cuenta de que su *hubris* territorial lo llevaría a debilitar su régimen. Lo mismo podría decirse del Japón imperial, cuyo apetito territorial y nutritivo lo había llevado a anexionar Corea y Taiwán a principios del siglo XIX, antes de embarcarse en la conquista de las tierras de la Manchuria china en 1937.

Los militares, a través de la alimentación, están, por su parte, interesados en el uso de la privación de alimentos como medio de debilitamiento en los conflictos. El asedio, una técnica de guerra muy antigua, es un ejemplo de ello, utilizada, por ejemplo, durante la Segunda Guerra Mundial contra el Reino Unido y Japón. Industrializada muy pronto, Gran Bretaña había descuidado su agricultura, prefiriendo traer producción de su vasto imperio y así contener los costos salariales de la industria. Con una población de unos 45 millones en vísperas del conflicto, el Reino Unido importaba el 70% de sus alimentos. Como resultado, los líderes de la Alemania nazi decidieron sitiar las costas británicas para romper los flujos comerciales. Para

responder a esta amenaza, Londres adoptó una estrategia basada en el control del consumo y el aumento de la producción local. A través de una política proactiva basada en los comités de guerra agrícolas, el número de tractores se cuadruplicó y la tierra arada aumentó de 5,2 millones de hectáreas en 1940 a 7,5 millones en 1945, y los ganaderos fueron subsidiados en gran medida para retornar a sus tierras.

¿Es todo esto ahora cosa del pasado, en un mundo donde el paradigma de la guerra ha cambiado? Porque, por un lado, los conflictos interestatales prácticamente ya no son un problema y, por otro lado, son mucho más tecnológicos y, a menudo, de menor duración. Sin embargo, los conflictos civiles o asimétricos, que constituyen las caras actuales de la guerra, muestran que estas tres dimensiones del vínculo entre la alimentación y el ejército siguen siendo una realidad, aunque los nuevos rostros que asumen ahora impiden que los Estados tengan el monopolio de estas diferentes lógicas.

La alimentación para los militares es particularmente visible en el caso de las guerras del Sahel, donde los yihadistas llevan a cabo incursiones agrícolas para obtener suministros y, por lo tanto, para apoyar su esfuerzo militar. En Siria, el Estado Islámico (EI) ha desplegado una estrategia real de suministro de sus tropas comprometidas contra los estados iraquí y sirio, por un lado, y contra los movimientos kurdos apoyados por una coalición internacional, por el otro. El “ministerio” de Agricultura de la organización se encargó de garantizar que la población fuera alimentada para evitar el descontento civil, pero también de garantizar el suministro a los yihadistas, que se esperaba que fueran cada vez más numerosos a medida que realizaban su *hijira* (éxodo) desde diferentes partes del mundo. En la estrategia del EI, los impuestos agrícolas también complementaron el presupuesto y, por lo tanto, el esfuerzo militar.

Los militares para la alimentación, parece prevalecer, aunque su alcance se limita bastante al Sahel, a través del conflicto entre pastores y agricultores. Más allá de la apariencia comunitaria de estos conflictos, es en gran medida una lucha por la alimentación lo que opone a los pastores y agricultores que durante mucho tiempo han estado comprometidos con una gestión relativamente armoniosa de los recursos. Las recientes masacres en Malí, en el país Dogon o en ciertos estados de Nigeria también se refieren a esta guerra por los alimentos. Del mismo modo, en Siria, la estrategia de control de ISIS (2014-2017) sobre las principales regiones productoras de cereales del Éufrates no fue fortuita, ni tampoco la apropiación de silos y molinos de granos, tanto en Irak como en Siria.

Finalmente, el ejército a través de la comida también se ha ilustrado recientemente en Siria y Yemen. Bashar al-Assad utilizó la técnica de asedio para matar de hambre a ciertos sectores rebeldes, particularmente contra el campamento palestino de Yarmouk, que fue sometido a una estrategia de estrangulamiento entre 2013 y 2014. Ampliamente denunciada por la comunidad internacional (Amnistía Internacional, 2014), esta estrategia estaba destinada a expulsar a los rebeldes anti-Assad. Incluso si la presión internacional hace sea un arma difícil de usar, y que el derecho eleva su uso al rango de crimen de guerra y crimen contra la humanidad, sería erróneo pensar que esta dimensión es solo un del registro del pasado. Durante una visita a la sede del Programa Mundial de Alimentos (PMA) en Roma en junio de 2016, el Papa Francisco expresó su indignación por el hecho de que el hambre se utilice como “arma de guerra”, deplorando de paso que “el equipo militar circule más fácilmente que los alimentos” (Pullell y Lefief, 2016). En la escala de los conflictos interestatales, que hoy están en declive, solo el embargo alimentario llevado a cabo de 2017 a 2021 por algunos países del Golfo contra Qatar, en represalia por su apoyo a los Hermanos Musulmanes y su relación equívoca con Irán, debe colocarse en esta categoría, aunque no estemos hablando exactamente de un uso militar, sino más bien de un uso de tipo “paramilitar”.<sup>3</sup>

---

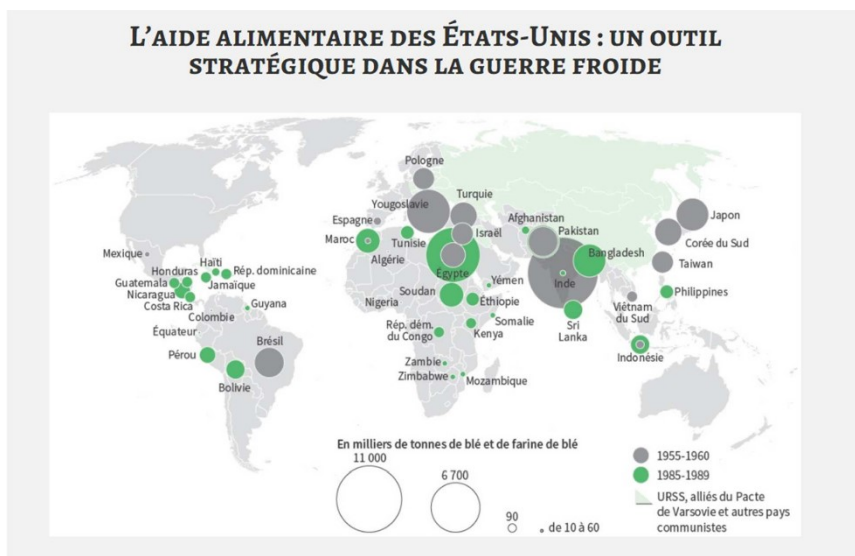
<sup>3</sup> Esta estrategia no funcionó del todo, ya que Qatar recibió ayuda de Turquía e Irán mediante un puente aéreo. Al mismo tiempo, Qatar importó 10.000 vacas lecheras y construyó establos para paliar la escasez impuesta.

Sin embargo, estas evocaciones de los acontecimientos actuales no deben llevarnos a creer que el vínculo entre el poder militar y la alimentación sea tan importante como lo fue en el siglo XX, y más aún, a medida que ha evolucionado la forma de los conflictos. Por supuesto, la geopolítica no puede reducirse a la guerra: la política de potencia, anclada a la alimentación, también participa en una *capacidad de influir* o una *capacidad de no depender*, que no necesariamente tienen un tono marcial.

### 3. Alimentar la capacidad de influir

¿La capacidad de influir en los asuntos mundiales rima con la capacidad de producir alimentos? Hacer la pregunta es en parte responderla. La historia y los acontecimientos actuales de algunos países dan testimonio de ello. Todos ellos tienen en común una geografía favorable a la agricultura. Sin embargo, estos activos deben mejorarse prometiéndoles opciones políticas.

Estados Unidos es una figura excepcional, más que típico-ideal de la capacidad alimentaria, o más bien de la capacidad *a través de los alimentos*, que surgió a través de la agricultura. Después de la Guerra Civil (1861-1865), la aceleración de la conquista de Occidente, con su distribución muy igualitaria de la tierra, impulsó la agricultura familiar, cuyo rendimiento siguió creciendo entre finales del siglo XIX y la Primera Guerra Mundial, que los consagró como un gran proveedor, mientras Rusia se había derrumbado en un contexto de revolución y luego de guerra civil. Esta expansión de la agricultura fue el primer motor de la economía estadounidense, facilitando el encendido del segundo, la industria. De hecho, la crisis financiera de 1929 se produjo en gran medida a través de una reversión de los mercados mundiales de alimentos a finales de la década de 1920, mediante el anuncio de un mal desempeño industrial estrechamente vinculado al de los *farmers*. Componían entonces, con sus familias, una gran parte del tejido social estadounidense y, por lo tanto, una salida preponderante. Esta influencia de los precios agrícolas mostró así, en negativo, el vínculo entre la capacidad alimentaria y la energía. Después de ser salvada como parte del *New Deal*, la agricultura estadounidense continuó su marcha hacia adelante, hasta el punto de ser incluida en el repertorio de capacidades del país después de la Segunda Guerra Mundial. En el contexto de la Guerra Fría, cuando las autoridades trabajaban para contener a la Unión Soviética, la capacidad de las llanuras productoras de cereales permitió apoyar el despliegue militar con ayuda alimentaria de gran importancia geoestratégica. En otras palabras, el mapa de distribución de la ayuda alimentaria coincidió en gran medida con el cerco militar a la URSS.



Esta posibilidad se imaginó como *soft power* antes de tiempo, pero también como un posible *hard power*. Entre los muchos elementos de la doctrina estadounidense sobre el *poder alimentario* (*food power*) se encuentra un informe de la Agencia Central de Inteligencia (CIA) publicado en agosto de 1974, en un momento en que el suministro de alimentos se estaba reduciendo, incluso en los Estados Unidos, y en un contexto de conjeturas de enfriamiento global. El informe decía: “En los años de escasez, cuando Estados Unidos no pueda satisfacer las demandas de alimentos de la mayoría de los países importadores, Washington tendría el poder potencial de decidir la vida y la muerte de las masas de hombres pobres. No solo los países pobres en desarrollo, sino también las potencias más grandes dependerían, al menos en parte, de las importaciones de alimentos de los Estados Unidos” (CIA, 1974). Como consagración de este poder, Estados Unidos concluyó un acuerdo con la Unión Soviética en octubre de 1976, que hizo que esta última fuera cautiva de las compras anuales de 6 a 8 millones de toneladas de trigo. ¿Es de extrañar entonces que, en esta relación de dependencia, Estados Unidos usara su *poder alimentario* contra los soviéticos después de su invasión de Afganistán? Pero, al final, ¿para qué resultado? (Labbé, 1986). Esto nos invita a relativizar el *hard power* alimentario estadounidense, en aquel entonces y aún más posteriormente, dado el auge de otros productores mundiales de cereales, comenzando por Europa. Sin embargo, si bien el *hard power* cerealero es cuestionable, el *soft power* alimentario estadounidense ha funcionado en gran medida, como se mencionó anteriormente, mediante una selección de destinos para distribuir muy estratégicamente ayuda alimentaria.

Para tomar medida de esto, debemos tener una visión contrastada de este aspecto, en referencia precisamente al gran rival que fue la Unión Soviética. De hecho, Moscú nunca pudo utilizar su formidable potencial para el *soft power* alimentario. Debido a su modelo agrícola basado en la planificación colectivista, este vasto país con rica tierra negra nunca ha podido ofrecer ayuda alimentaria en una estrategia de contra cerco por parte de Estados Unidos. Y la búsqueda de nuevas tierras en Asia Central durante la época de Nikita Khrushchev no permitió revertir la tendencia.<sup>4</sup> Así, Moscú no sólo no ha podido influir sobre sus vecinos,

<sup>4</sup> Ya en 1969, un consejero de la embajada de Francia en Moscú escribió: "De hecho, es todo el modelo de agricultura socialista a través del mito de su superioridad inherente lo que ha sido socavado. El acontecimiento adquirió una importancia aún mayor, tal vez debido a la conocida abundancia de tierras cultivables, que se suponía que compensaba con creces cualquier mala gestión de la política agrícola equivocada. La posterior incapacidad de la URSS para satisfacer las necesidades

o incluso más allá, sino que, más aún, a veces ha tenido que recurrir a la requisición —no sin resentimiento—, especialmente en la vecina Polonia, que manejaba un sector agrícola privado bastante dominante.

Sin embargo, mientras que la Unión Soviética demostraba la relación entre poder y alimentación de forma implícita, la nueva Rusia, por su parte, la demuestra de forma explícita. En 2015, un siglo después de su expulsión de los mercados mundiales que había dominado hasta 1914, se convirtió en el principal exportador de trigo. Tras haber ascendido al poder en 2000, menos de dos años después del colapso del rublo en 1998, que provocó un aumento drástico en la factura de alimentos para un país mayoritariamente importador, Vladimir Putin ha enfatizado constantemente el resurgimiento de la agricultura rusa como motor de poder. En 2002, él mismo se involucró en el debate sobre la tierra en la Duma con vistas a la adopción de una ley destinada a transformar los antiguos latifundios colectivos y facilitar así la llegada de capital privado. Junto con el despliegue de infraestructura logística, esta afluencia de fondos a los campos, que habían estado abandonados durante mucho tiempo en términos de inversión, permitió a Rusia recuperar su posición como primer exportador de trigo, no sin objetivos geoestratégicos. Según Caroline Dufy y Svetlana Barsukova, “en 2008, la Doctrina de Seguridad Alimentaria (*doktrina prodovol'stvennoj bezopasnosti*) en la Federación Rusa se constituyó como un bloque importante de la Doctrina de Seguridad Nacional para 2020” (Dufy et Barsukova, 2017). De hecho, Rusia ha hecho buen uso de esta capacidad en su política de proyección de poder, particularmente en el conflicto sirio, donde acudió en ayuda de su aliado B. Al-Asad, ofreciéndole no solo cobertura aérea sino también grandes cantidades de grano, mientras que el Éufrates, el granero del país, estuvo controlado por el ISIS entre 2014 y 2017, y luego por los kurdos sirios. Desde entonces, Rusia ha convertido su trigo en un elemento clave de su repertorio de influencia en el Oriente Medio, una región asolada por el déficit, donde busca ejercer poder, pero también en África, donde su presencia militar es cada vez más evidente (Abis y Begoc, 2018).

Esta capacidad de ejercer influencia resulta, por tanto, evidente en el caso de este antiguo duopolio de la Guerra Fría. Sin embargo, otros países agrícolas importantes, particularmente sudamericanos, han tratado de vincular su aspiración de poder a su capacidad de producción. Llevado por regímenes políticos que durante mucho tiempo han tenido un fuerte carácter militar, este ethos de poder a través de la alimentación se ha desarrollado en Argentina. Una tesis recientemente defendida muestra cómo se construyó este país a través de la representación, compartida por los que detentaban el poder, de que era uno, sino “el granero del mundo” (Antoine, 2020). Pero, aquí nuevamente, ¿para qué resultado? No solo su desempeño no lo ha colocado en una posición de fortaleza en los mercados mundiales, lo que le habría permitido vincular cualquier influencia a su capacidad exportadora, sino que su proyección internacional de alimentos está condicionada en parte por las inversiones chinas, como fue en el siglo XIX con las inversiones británicas.

Brasil soñaba tanto como su vecino en ser una potencia alimentaria. La dictadura militar (1964-1985) fue un momento clave en la construcción de este discurso. La junta alentó a los grandes terratenientes, a menudo estrechamente vinculados a ella, a invertir en este recurso fuente de ventajas comparativas que es la tierra de este país, comenzando con el Cerrado, que durante mucho tiempo se había dedicado al pastoreo extensivo. Mientras millones de campesinos sin tierra se mantenían en la pobreza, estos latifundios pudieron incorporar un “paquete tecnológico” (insumos, pesticidas, semillas y riego), para convertir a Brasil en un notorio país agroexportador. Con el advenimiento de la democracia, esta opción fue confirmada, incluso

---

de las democracias populares y de otros países amigos, excepto por medio de un mecanismo de compra y reventa, también ha contribuido no poco a empañar el prestigio general de este país. (Consejero Comercial de la Embajada de Francia en Moscú, 1969).

durante la época de la izquierda brasileña (2003-2016), que difícilmente podría prescindir de este activo. El propio presidente Lula (2003-2011) trató de convertirlo en un instrumento de influencia para su país, que entonces estaba comprometido en la diplomacia Sur-Sur más activa, en particular hacia el mundo árabe (Abis y Nardone, 2009), del que proceden muchos brasileños, especialmente por la llegada de sirio-libaneses a principios del siglo XX. Desde 2018, el regreso de un poder nacional-populista nostálgico de la dictadura no ha hecho más que reforzar esta opción agroexportadora, ayudada por la *bancada ruralista*, un poderoso lobby que reúne a parlamentarios del agronegocio y la gran propiedad. Todo lo que pueda obstaculizar este sueño de poder —la lucha de los campesinos sin tierra, los derechos de los indígenas de la selva amazónica, las preocupaciones ambientales— está marcado con el sello de desprecio del nuevo poder. Nada es mejor que la riqueza y el poder que se supone que confiere al país. Pero, aquí nuevamente, ¿qué influencia, cuando conocemos el descrédito internacional del presidente Jair Bolsonaro, responsable, entre otras cosas, del retroceso de la selva amazónica? Es cierto que uno de sus principales clientes, China, no está muy atento a esto, pero los países de la Unión Europea (UE), que ofrecen importantes salidas, son críticos con estas prácticas peligrosas.

Finalmente, admitamos que, efectivamente, algunos Estados tienen la intención de vincular la influencia con la alimentación; en algunos casos, con una eficacia real, como Estados Unidos durante la Guerra Fría y Rusia en la actualidad. Sin embargo, estos últimos ejemplos sudamericanos deberían permitir poner en perspectiva esta dimensión de los alimentos como una capacidad de influencia, ya que incluso dos grandes países exportadores —los Estados Unidos y Australia— han tenido recientemente la amarga experiencia de una inversión de la situación en este ámbito. Comprometidos con las críticas a China, el primero por razones comerciales y el segundo exigiendo que Beijing rinda cuentas por la crisis de Covid-19,<sup>5</sup> estos dos países se han enfrentado a sanciones contra su agricultura. En Estados Unidos, en particular, la caída de las importaciones de soja por parte de China obligó a la administración Trump a lanzar dos planes de ayuda de emergencia en 2018 y 2019, de 12.000 millones y 16.000 millones de dólares respectivamente, para apoyar a los *farmers* que le habían sido muy favorables en 2016.

Este cambio de poder, que consiste en ver a un país dependiente influir sobre un país agroexportador, no es infrecuente. Este fenómeno se produjo recientemente con la UE cuando, tras querer imponer sanciones económicas a Rusia en represalia por su apoyo a los secesionistas ucranianos, Moscú decretó un embargo a los productos agrícolas europeos, como había hecho, por las mismas razones, con los productos canadienses y estadounidenses. El resultado no se hizo esperar: con este embargo decidido en agosto de 2014, Rusia amplió su gama de productos, complementando así su capacidad de cerealera con un mejor rendimiento en leche, carne y fruta, al tiempo que buscaba nuevos proveedores. Sin duda, fue Europa la más perjudicada con la respuesta rusa, dada la importancia del medio que representa (Mathieu y Pouch, 2020).

Habiendo recuperado su capacidad de influenciar a través de su producción de cereales, Rusia ha demostrado así la fuerza que también puede proporcionar la capacidad de no depender de los alimentos, lo cual se considerará a continuación.

---

<sup>5</sup> Tras prohibir las importaciones de carne australiana en mayo de 2020, luego de cebada por razones sanitarias y con la introducción de derechos antidumping del 80,4 % el 31 de agosto de 2020, China incoó un procedimiento contra los vinos que dio lugar a derechos de importación de entre el 107,1 % y el 212,1 % ya en noviembre de 2020. Antes de volver a aumentar al 218% en marzo de 2021.

#### 4. Alimentar la capacidad de no depender

Un barrido geohistórico también permite identificar algunos elementos de análisis de esta capacidad de no depender, de la que el presidente turco Recep Tayyip Erdogan, un hombre amante de la potencia, se convirtió recientemente en el heraldo: “Depender del mundo exterior para los materiales agrícolas básicos es al menos tan peligroso como la dependencia en el campo de la industria y la defensa”.<sup>6</sup>

Comencemos con China, que ilustra plenamente esta capacidad de no depender, o al menos de controlar su dependencia. Arraigada en el precario mundo campesino, la revolución maoísta había recurrido primero a la reforma agraria, antes de que se iniciara la colectivización a finales de la década de 1950 como parte del “gran salto adelante”, que culminó con la creación de gigantescas comunas populares. Esta política provocó la gran hambruna de 1958 a 1961, aunque los eventos climáticos también contribuyeron a ella, junto con la decisión de las autoridades de continuar exportando cereales para financiar el esfuerzo industrial. Pero la brutal reforma agraria fue decisiva en esta tragedia humana, al igual que contribuyó, al minimizar la producción, a penalizar la influencia de China. Este es otro ejemplo que demuestra, en este caso por la negativa, que la potencia está vinculada con la agricultura. El momento del regreso de China coincidió precisamente con las reformas agrarias que transformarían el mundo agrícola: con la llegada de Deng Xiaoping en 1978, no solo se disolvieron definitivamente las comunas populares, sino que también permitió que los campesinos se convirtieran en usuarios de la tierra dentro del marco del “sistema de responsabilidad”. Al hacerlo, la agricultura china fue el principal motor del crecimiento económico del país, transmitido más tarde por el auge industrial en las zonas francas costeras.

Sin embargo, este crecimiento de la producción agrícola ya no compensa las necesidades alimentarias, que se han multiplicado por diez por la transición alimentaria hacia un régimen con mayor contenido de carnes. Mientras Xi Jinping lleva la aspiración de poder de China al más alto nivel, la doctrina agrícola y alimentaria es, por tanto, una de las prioridades de la agenda política en un contexto de fuertes limitaciones (Chaumet y Pouch, 2017): China tiene solo el 9% de la tierra cultivable del mundo, mientras que alberga al 20% de la población mundial; en cuanto a la contaminación del suelo, es masiva, al mismo tiempo que el estrés hídrico se intensifica en algunas regiones. En lugar de ser autosuficiente en todo, China insiste en su autonomía cerealera, lo que no resulta insignificante en términos geopolíticos ya que la historia ha demostrado que condiciona la estabilidad política. Con este fin, Beijing está llevando a cabo, entre otras cosas, una política de protección de la tierra cultivable y movilización de recursos hídricos, con grandes transferencias de agua a las llanuras cerealeras del norte amenazadas por la sequía, a fin de promover la producción nacional. En lo que respecta a sus importaciones, China quiere sobre todo evitar el riesgo de interrupciones en el suministro, el cual las Rutas de la Seda, lanzadas en 2013, pretenden reducir (GRAIN, 2019), invirtiendo directa o indirectamente tanto en tierra como en infraestructura. Este es particularmente el caso de América del Sur —Brasil, Argentina y Paraguay— donde las áreas de producción de soja compiten con las de Estados Unidos, de las que China no tiene la intención de depender. Finalmente, debe agregarse que la elección de un representante chino para encabezar la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO) plantea interrogantes sobre sus intenciones de redefinir los estándares alimentarios según la sinomundialización (Abis, 2020).<sup>7</sup>

---

<sup>6</sup> Discurso pronunciado en el Foro de Agricultura y Silvicultura de Ankara el 21 de noviembre de 2019.

<sup>7</sup> Sin embargo, conviene ser prudentes: “Si bien la FAO puede ejercer influencia en lo que respecta al Codex Alimentarius, las normas se establecen mediante comités integrados por varios países (China preside dos de los quince). A menos que

Si bien China es un buen ejemplo de la relevancia de esta capacidad de no depender, otros países importantes la han buscado con fortunas menos obvias. Empezando por su gran vecina India, que también se caracterizó por su temprano esfuerzo por emanciparse en términos alimentarios y así alimentar su aspiración de capacidad. La profundidad de la historia y el tamaño del territorio alimentaron, en la India, la representación del poder, lo cual no podía ir a la par con el hecho de ser el primer receptor de ayuda alimentaria estadounidense hasta principios de la década de 1960. También con la intención de frustrar la Revolución Roja que amenazaba a sus territorios pobres, la Revolución Verde, iniciada en 1965 y basada en la inclusión de un "paquete tecnológico", ha tenido resultados cuantitativos innegables (Brun y Le Lay, 2021). Sin embargo, el hecho de que la India ya no sea dependiente no ha resuelto la división social de un país que sigue siendo tradicional en sus estructuras, particularmente en términos agrarios. ¿Qué sentido tiene, entonces, dejar de depender cuando una parte significativa de su población experimenta cierta inseguridad alimentaria, menos por la disponibilidad de alimentos que por la pobreza? Sin embargo, debe recordarse que los agricultores indios, los más numerosos del mundo, a menudo se encuentran entre los más pobres del país. La Revolución Verde no solo nunca ha ido acompañada de una verdadera transformación social para los campesinos, sino que la deuda ahora les impone una carga considerable. En otras palabras, ¿es la no dependencia de los suministros externos un paso adelante cuando los agricultores están sufriendo, cuando se suicidan en gran número y cuando las revueltas internas a menudo toman el camino de los jacqueries, como fue el caso, nuevamente, a partir de noviembre de 2020 cuando los agricultores se movilizaron fuertemente contra un proyecto de liberalización del comercio?<sup>8</sup> ¿Y cómo podemos ignorar la crisis del agua que caracteriza a las regiones de la Revolución Verde, especialmente a los estados de Punjab y Haryana?

Los límites de esta política de no dependencia también son muy observables en Oriente Medio. Después de la Segunda Guerra Mundial, algunos países de la región trataron de construir políticas de seguridad alimentaria, que eran garantías de independencia y estabilidad política. En un contexto de fuerte crecimiento demográfico, se trataba de aumentar la productividad agrícola para acercarse lo más posible a la autosuficiencia, en particular en lo que respecta a los cereales, que constituían con mucho la base de la alimentación: al garantizar así su propio suministro de productos básicos, los países de la región trataban de abstraerse lo más posible de cualquier uso de armas alimentarias por parte de los países proveedores. Egipto, después de la revolución nasserista de 1952, Siria, después de la toma del poder por el Baaz (Partido Socialista de la Resurrección Árabe) en 1963, Arabia Saudita, después de la guerra de Yom Kippur y la crisis del petróleo de 1973, e Irán, después de la revolución islámica de 1979, ilustran en particular esta búsqueda de una "capacidad de negarse a hacer", un atributo de poder basado en el desarrollo hidroagrícola para lograr la autosuficiencia alimentaria (Blanc, 2012): ninguno de ellos quería depender de la ayuda alimentaria estadounidense, dadas sus relaciones más o menos tensas con Washington y su aliado israelí en la región. Incluso Arabia

---

exista una presión fuerte y muy visible, la redefinición de las normas será una tarea a largo plazo que también involucrará a otras organizaciones (Organización Mundial de la Salud [OMS], Organización Mundial de Sanidad Animal [OIE], etc.). Esta victoria en las elecciones de la FAO es, en cualquier caso, una prueba más de la creciente influencia de China en las instituciones internacionales, pero también, sin duda, una señal de su compromiso con la seguridad alimentaria mundial y, por lo tanto, con el bienestar de la humanidad". Entrevista personal con Jean-Marc Chaumet, especialista en agricultura china del Instituto Francés de Ganadería, 4 de febrero de 2021.

<sup>8</sup> Estas protestas estaban vinculadas al deseo del gobierno de reformar el sistema de compra de productos agrícolas. Con la Revolución Verde, a los campesinos se les garantizó un precio agrícola mínimo a cambio de vender en los mercados públicos mayoristas. Al liberalizar este sistema, los campesinos temían caer bajo el control de poderosas empresas agroalimentarias que no estaban muy atentas a su destino. Finalmente, bajo su presión, las leyes fueron derogadas en noviembre de 2021.

Saudita, que había estado vinculada a Estados Unidos desde 1945 bajo el Pacto de Quincy,<sup>9</sup> decidió liberarse de su *food power* en el momento de la crisis del petróleo de 1973, con resultados que fueron al menos mixtos.

En términos cuantitativos, la performance está ciertamente presente, pero el aumento de la población a menudo ha absorbido las ganancias de producción. Este fue especialmente el caso de Egipto, que ahora es el país con el mayor déficit del mundo, que solo puede cubrirse con rentas geopolíticas.<sup>10</sup> Los demás países han alcanzado un mayor nivel de autosuficiencia, pero a costa de una grave degradación ambiental, en particular la salinización del suelo y la reducción de las capas freáticas. Así, en Siria, cuando se produjo la sequía de 2006-2010, se podría decir, sin duda apresuradamente, que podría haber sido una de las causas de la revolución 2011 (Selby et al, 2017): el bombeo ya estaba hipotecado por el colapso de los acuíferos mientras los ríos se habían secado.<sup>11</sup> En cuanto a Irán, es larga la lista de señales que advierten del deterioro de sus recursos hídricos.<sup>12</sup> En abril de 2015, Issa Kalantari, jefe del Departamento de Medio Ambiente de la República Islámica y ex ministro de Agricultura bajo los presidentes Rafsanjani y Khatami, conjeturó una “gran catástrofe” (Djalili, 2015) hidráulica por venir. Frente a esta hipoteca y su objetivo de seguridad alimentaria, no es de extrañar que los países del Golfo, ricos en hidrocarburos pero pobres en agua y tierra, participen activamente en inversiones agrícolas en el exterior (Brun, 2017). Pero para otros, ¿qué queda de esta aspiración de potencia a través de la autosuficiencia?

En este tour por la realidad mundial finalizaremos con Europa, cuya trayectoria la ha llevado desde la búsqueda de no dependencia hacia la capacidad de ejercer influencia. Si bien no es una potencia clásica en el sentido de que no dispone de *hard power* militar es, sin embargo, una potencia económica unida a un proyecto político de unificación y paz. Debe reconocerse, no obstante, que entre las “solidaridad[es] de facto”, tan queridas por Robert Schuman, Europa ha dado prioridad a la agricultura con fines de estabilidad política e independencia alimentaria. Más aún, es esta política, la más integrada y ambiciosa de la historia de la integración europea, la que ha permitido cimentar un espacio heterogéneo. El poder europeo ha encontrado así su cohesión a través del desarrollo de su tierra. Implementada tras el Tratado de Roma de 1957, esta Política Agrícola Común (PAC), que era a la vez productivista —mediante precios garantizados— y proteccionista —mediante enormes aranceles fronterizos— funcionó tan bien que Europa se volvió autosuficiente y luego tuvo superávits, ya en la década de 1970, desafiando el cuasi monopolio de Estados Unidos en los mercados mundiales. Después de haber buscado no depender, Europa se ha dotado de este modo de la capacidad de tener influencia. Pero, aquí nuevamente, vale la pena cuestionar el resultado. En la década de 1980, entró en una guerra comercial con Washington, que fue económicamente costosa porque los subsidios a la exportación eran elevados y las existencias caras de mantener. Del mismo modo,

---

<sup>9</sup> Este pacto se estableció entre el presidente Roosevelt, de regreso de la Conferencia de Yalta, y el rey de Arabia Saudita, Abdulaziz Ibn Saud, a bordo del barco estadounidense Quincy. Dado que Estados Unidos se había convertido en importador de petróleo en 1943, deseaban asegurar sus suministros recurriendo a Arabia Saudita, una nación de reciente creación que necesitaba la tecnología y la protección militar estadounidenses.

<sup>10</sup> El control del Canal de Suez, el acuerdo de paz con Israel y, hoy, la lucha contra los Hermanos Musulmanes son rentas directas e indirectas.

<sup>11</sup> Desde entonces, la guerra civil no ha ayudado en este sentido, añadiendo a esta crisis agroambiental la dislocación de un tejido agrícola que antes era dinámico, por no hablar del hecho de que Turquía está aprovechando el debilitamiento de Siria e Irak para desplegar su riego en el sur de su territorio y así influir sobre los flujos aguas abajo.

<sup>12</sup> En el noroeste, el lago Urmieh, uno de los lagos salados más grandes del mundo, casi ha desaparecido, al igual que los lagos de Bakhtegan y Maharloo en la provincia de Fars, y Hamun cerca de Afganistán. Los cráteres aparecen en el suelo y los manantiales se secan como evidencia de la reducción de los acuíferos. Las presas están en su punto más bajo, mientras que la ciudad de Isfahán solo está momentáneamente atravesada por el río Zayandeh Rud que animó su vida.

estos excedentes eran onerosos en términos de imagen para Europa porque se la acusaba de contribuir a la ruina de la agricultura en el Sur. A partir de 1992, treinta años después de la aplicación de la PAC, la UE se vio obligada a modificar su modelo agrícola para hacerlo evolucionar hacia un enfoque menos productivista. Como resultado, esta capacidad de ejercer influencia hoy en día radica menos en el hecho de proyectarse internacionalmente, incluso si algunos países como Francia pueden actuar como amortiguadores de las crisis alimentarias en sus periferias mediterráneas y africanas (Abis, 2015) que en una especie de poder ejemplar en términos de respuesta al nuevo paradigma agroambiental marcado por el cambio climático. Así, la UE, que, en palabras de Zaki Laïdi, se presenta como una “potencia normativa internacional” (Laïdi, 2009), también podría serlo en el ámbito agrícola si su modelo productivo se muestra atractivo en función de su legitimidad. Pero entre la sostenibilidad de esta nueva PAC, enmarcada en los objetivos del Pacto Verde Europeo en materia de medio ambiente, y su misión productiva, que también es un vector de influencia diplomática en caso de tensión en los mercados, las compensaciones para encontrar el equilibrio adecuado siguen siendo, como mínimo, difíciles de operar, especialmente cuando están surgiendo grupos de presión de todo tipo (ver, entre otros, Foucart, 2021).

## 5. Conclusión

La potencia y la alimentación constituyen así una pareja duradera a lo largo de la historia contemporánea. Sin embargo, los factores de cambio tienden a disminuir la intensidad de su relación. Por un lado, lo militar ha cambiado mucho, atenuando así las tres categorías que hemos identificado: comida para los militares, los militares para la comida y lo militar a través de la comida. Por otro lado, el mundo se ha vuelto más competitivo en términos de producción agrícola, lo que reduce la influencia de la capacidad de alimentar, mientras que las políticas de emancipación dirigidas a la autosuficiencia alimentaria han demostrado sus límites productivos, sociales y ambientales.

Sin embargo, esta relación probablemente no se ponga en los libros de historia. Nuevos elementos, por no decir inéditos, podrían revitalizar esta asociación entre potencia y alimentación, en primer lugar, el cambio climático y el crecimiento de la población, lo que podría ejercer una presión considerable sobre los recursos. El historiador de la Segunda Guerra Mundial, Timothy Snyder (2015), volvió recientemente sobre la realidad alimentaria que atravesó a este conflicto para recordarnos que los “retornos” de la historia son posibles en el contexto de este doble cambio, climático y demográfico, y de presiones sobre los recursos, por no hablar del paradigma identitario que estamos viviendo que hoy en día exacerba los nacionalismos (Blanc, 2022). Además, en un contexto de creciente inseguridad alimentaria, no puede descartarse la reanudación de ciertos conflictos por los recursos agrícolas, ya sean por la tierra o el agua. Esta inquietante advertencia, incluso de tipo malthusiana, obviamente no es inevitable. Es, sobre todo, una invitación a tomar en serio la cuestión alimentaria, lo que sin duda podría servir a la causa de una geopolítica de la paz.

## Bibliografía

- **Abis, S. (2015).** Géopolitique du blé. Un produit vital pour la sécurité mondiale. IRIS Éditions–Armand Colin.
- **Abis, S. (2020).** Dans l’alimentaire aussi, la Chine devient une puissance normative mondiale. L’Opinion.

- **Abis, S., & Begoc, P. (2018).** Des céréales russes au menu géopolitique du Moyen-Orient. *Confluences Méditerranée*, (104).
- **Abis, S., & Nardone, J. (2009).** Le Brésil, future ferme du monde arabe ? *Futuribles*, (356).
- **Amnistía Internacional. (2014).** Exprimer la vida de Yarmouk: Crímenes de guerra contra civiles sitiados. Amnistía Internacional.
- **Antoine, O. (2020).** L'agriculture argentine : "le grenier du monde". *Géopolitique d'une représentation de la puissance* (Tesis doctoral). Institut français de géopolitique.
- **Blanc, P. (2012).** Proche-Orient : le pouvoir, la terre et l'eau. Presses de Sciences Po.
- **Blanc, P. (2020).** Nationalisme et agriculture : passé et présent d'une liaison complexe. En S. Abis & M. Brun (Dirs.), *Le Déméter 2020*. Club DEMETER-IRIS Éditions.
- **Blanc, P., & Chagnollaud, J.-P. (2022).** Le difficile temps des peuples. Flammarion-Autrement.
- **Brun, M. (2017).** Géopolitique de l'agrifirme de la péninsule arabique à la corne de l'Afrique. En F. Purseigle, G. Nguyen & P. Blanc (Dirs.), *Le nouveau capitalisme agricole. De la ferme à la firme* (pp. xx-xx). Presses de Sciences Po.
- **Brun, M., & Le Lay, A. (2021).** Inde : une puissance agricole à la croisée des chemins. *Diplomatie*, (107).
- **Central Intelligence Agency. (1974).** Potential implications of trends in world population, food production, and climate (OPR-401). CIA.
- **Chaumet, J.-M., & Pouch, T. (2017).** La Chine au risque de la dépendance alimentaire. Presses universitaires de Rennes.
- **Collingham, L. (2013).** *The taste of war: World War II and the battle for food*. Penguin House.
- **Consejero Comercial de la Embajada de Francia en Moscú. (1969).** L'URSS a-t-elle résolu son problème de blé ? *CPE*, (113).
- **Djalili, M.-R. (2015, 30 de agosto).** La grande catastrophe iranienne, c'est maintenant. *Le Temps*.
- **Dufy, C., & Barsukova, S. (2017).** Sécurité alimentaire et marché. Représentations des acteurs du monde agricole dans la Russie des années 1990-2010. *Revue d'études comparatives Est-Ouest*, 48(1-2), 69-98.
- **Foucart, S. (2021, 12 de octubre).** L'intense lobbying de l'agro-industrie contre le volet agricole du Pacte vert européen, « Farm to Fork ». *Le Monde*.
- **GRAIN. (2019).** "Belt and Road Initiative" : l'agrobusiness chinois se mondialise. *Alternatives Sud*, 26, Les nouveaux territoires de l'agrobusiness. CETRI-Syllepses.
- **Labbé, M. H. (1986).** L'embargo céréalier de 1980 ou les limites de l'« arme verte ». *Politique étrangère*, (51), 1986/3.
- **Laïdi, Z. (2009).** L'Europe, puissance normative internationale. En R. Dehousse (Dir.), *Politiques européennes*. Presses de Sciences Po.
- **Mathieu, Q., & Pouch, T. (2020).** L'agriculture russe comme effort vers la puissance. *Diplomatie*, (57).
- **Pullella, P., & Lefief, J.-P. (2016, 13 de junio).** La faim ne doit pas être une arme de guerre, dit le pape. *Challenges*.
- **Selby, J., et al. (2017).** Climate change and the Syrian civil war revisited. *Political Geography*, 60, 232-244.
- **Snyder, T. (2015).** *Black Earth: The Holocaust as history and warning*. Random House.
- **Sur, S. (1995).** *Les relations internationales*. Montchrestien.

## Sobre el autor

**Pierre Blanc.** Profesor de geopolítica en Bordeaux Sciences Agro y Sciences Po Bordeaux, investigador en LAM (Les Afriques dans le monde, CNRS/Sciences Po), editor en jefe de Confluences Méditerranée.